

DE ONCE A LONCHE  
SOBRE PALABRAS Y COSTUMBRES EN EL PERÚ DEL S. XIX\*  
"DE ONCE A LONCHE"  
SUR LES MOTS ET LES COUTUMES AU PÉROU DEL S. XIX

José Luis Rivarola  
Academia Peruana de la Lengua

Para Luis Jaime Cisneros en ocasión  
de sus 85 luminosos años.

*Resumen:*

El texto estudia el uso de palabras en el Perú del siglo XIX que se refieren a las comidas, comparándolas con las designaciones francesas y haciendo un estudio diacrónico de este pequeño campo léxico.

*Résumé:*

Le texte étudie l'utilisation de mots au Pérou du siècle XIX qui se réfèrent aux repas, en les comparat avec les désignations françaises et en faisant une étude diachronique de ce petit domaine lexical.

*Palabras clave:*

Desayuno, almuerzo, once, merienda, lonche, comida, cena

*Mots clef:*

Déjeuner, onze, goûte, lonche, repas dîne

\* Agradezco a R. Caravedo (Pisa), a C.Castillo (Padua) y a J. Pérez Navarro (Padua) por su lectura del texto y por sus atinadas observaciones.

En el vocabulario de las lenguas se observa con frecuencia que ciertas zonas designativas son más móviles y sensibles que otras; asimismo, que las influencias externas de la vida social o las novedades del uso propician la modificación parcial y a veces total de los signos léxicos correspondientes. Por lo demás, algunos de los fenómenos de cambio consisten en que ciertos signos pasan a ocupar posiciones distintas, en el marco de determinadas constelaciones semánticas, o también, naturalmente, en que se van alejando y finalmente desaparecen de la zona léxica en cuestión. Igualmente, las reestructuraciones léxico-semánticas pueden implicar la desaparición de un signo patrimonial y el ingreso compensatorio de otro con el carácter de préstamo<sup>1</sup>.

Esta brevísima y a todas luces incompleta presentación sirve, no obstante, para ubicar el asunto enunciado en nuestro título y para considerarlo en una perspectiva amplia. A la misma intención corresponde la breve disquisición sobre la historia de las designaciones francesas de las comidas, que son ilustrativas de ciertos procesos de cambio que también tuvieron lugar *mutatis mutandis* en el ámbito hispánico. De este modo el asunto bajo examen queda bien encuadrado en un contexto mayor.

Al hilo de estas consideraciones recordemos primero, brevemente y como introducción ilustrativa, la historia de las palabras que en francés designan las comidas del día, cuyo horario y características se fueron modificando sustancialmente en el curso de los siglos. Por lo pronto en el s. XVI, *déjeuner* era la primera y frugal comida del día, que se hacía generalmente luego de levantarse<sup>2</sup>. En cambio, la comida más consistente, que se consumía

<sup>1</sup> Quien desee profundizar en la naturaleza del cambio léxico-semántico, enfocado por diversas teorías modernas, puede ver Dworkin (2006; con abundantes referencias bibliográficas).

<sup>2</sup> Sobre la etimología: \*DISJEJUNARE es un compuesto que se formó en la época cristiana y que luego pasó a \*DISJUNARE, es decir "salir del ayuno", "desayunarse", de donde por contracción silábica \*DISJUNARE. Este verbo ya se había contraído en DISNARE en el s. IX, con lo cual la etimología de *déjeuner* y de *disner* sería la misma. Según el testimonio de Papias "jentare disnare vulgo dicitur". En efecto, en latín para el desayuno se usaba JENTARE (o JENTACULUM). De JENTARE, o de su forma vulgar JANTARE derivó el ant.

originariamente hacia el fin de la mañana era el *dîner*: pero el *dîner* fue deslizándose en el curso de la historia a horas cada vez más tardías (siguiendo en esto una tendencia común hacia el retraso de las horas de comida), al punto que se convirtió, después de varios siglos, en la comida fundamental de fin de día, entrando en competencia con *souper* (originariamente un verbo: “tomar la sopa”), el cual fue, digamos así, empujado hacia horas aún más nocturnas, para acabar convertido, ya en el s. XIX, en una comida de tarda noche, a la salida del teatro o de una fiesta. Por su parte, *déjeuner* fue a su vez ocupando el espacio libre dejado por *dîner*, y pasó a ser la comida principal del medio día, antes de la cual cabía solo un *déjeuner* más ligero, que fue llamado primero *déjeuner à fourchette* y luego, definitivamente, *petit déjeuner*. Claro que esta sucinta exposición deja de lado muchos detalles y los diversos matices en cuanto a tiempos y ritmos del cambio.<sup>3</sup>

En el ámbito del español la diacronía de este pequeño campo léxico ha pasado también por diferentes vicisitudes. La primera y frugal comida del día era desde antiguo el *almuerzo*<sup>4</sup>; como con el almuerzo se salía del ayuno, la proximidad semántica de *almuerzo* y *desayuno* era muy marcada. Recuérdese, en este punto, que en francés *déjeuner* proviene del lat. *disjejunare*, que significaba “desayunarse”, “salir del ayuno”: pues la misma derivación y

esp. *yantar*, que se usó en la Edad Media, pero sin que resulte claro el alcance semántico que tenía (podía significar “comer” en general, pero también aludir a comidas más específicas). Vid. a este propósito Dauzat (1940). Cf. asimismo, para época más moderna, Höfler (1968).

<sup>3</sup> Así en el s. XII o XIII francés el *dîner* era a las 9 de la mañana y el *souper* a eso de las 3 de la tarde. Estos horarios fueron “bajando” hacia la noche en el curso de los siglos.

<sup>4</sup> El término viene probablemente del lat. vulg. \*AD MNRDIUM de ADMORDERE ‘morder ligeramente, comenzar a morder algo’ (DECH s.v.). Está documentado desde fines del s. XIII. *Almuerzo*, como designación del alimento que se toma a media mañana, está vigente en diversas zonas de España y América (cf. Lerner 1974) y suele ser considerado como uso “rural”. Puede convivir modernamente con el *desayuno* ligero que se toma luego de levantarse. Encuestados oralmente un grupo de jóvenes españoles de Orihuela en la Vega Baja del Segura respondían hace poco que ellos acostumbraban a *desayunar*, *almorzar*, *comer*, *merendar* y *cenar*. En Madrid, en el ámbito urbano, se suele usar *almuerzo* para referirse a las “comidas” de trabajo, que se hacen relativamente temprano, a eso de la una, y tienen un carácter más bien frugal.

similar semantismo valen para el español *desayunarse*<sup>5</sup>, *desayuno*<sup>6</sup>. En virtud de este hecho Covarrubias señaló en su *Tesoro*, entrado el s. XVII, que *almuerzo* equivalía a *desayuno*<sup>7</sup>. Esto es solo parcialmente exacto pues *desayunarse* y *desayuno* tenían un contenido semántico algo más amplio en virtud del hecho, señalado ya, de que aludían al “salir del ayuno”, es decir, se *desayunaba* o tomaba el *desayuno* quien se encontraba en trance de ayuno, cualquiera fuese la hora del día<sup>8</sup>. Naturalmente, ya que la situación más clara y urgente de ayuno se da después de haber dormido durante la noche, el *desayuno* fue centrándose en este valor, mientras que *almuerzo* se desplazó, aunque no de modo general y en todas partes, hacia el mediodía o un poco más tarde. Lo cierto es que la serie normal de los alimentos hacia el s. XVI-XVII era de cuatro comidas ‘canónicas’, tal como se encuentran enumeradas por Cervantes (Q, I, 173): *almorzar*, *comer*, *merendar* y *cenar*. Covarrubias parece haber sido el primero o uno de los primeros en proponer la señalada equiparación de *almuerzo* y *desayuno*. Pero lo cierto es que *desayuno* (y lo mismo vale para el verbo correspondiente), como primero de una serie de comidas más o menos fijas, no es muy antiguo en la lengua<sup>9</sup>.

En cambio, *almuerzo* tiene una copiosa documentación; es verdad, sin embargo, que en ella no queda claro a veces el verdadero alcance del término, porque el antiguo almuerzo, a partir de un determinado momento, se fue desplazando hacia horas más tardías y dejó el campo a lo que después

<sup>5</sup> Ya se encuentra, pero no como lema, en el *Universal Vocabulario* de A. de Palencia, y a propósito de *yantar*: “Segund el vulgar lenguaje es yantar: comer vianda con que se desayunan los ombres como cenar es despues de la merienda: a la qual merienda antecede el yantar ca merienda es lo que se come passado el mediodía” (resuelvo abreviaturas).

<sup>6</sup> *Ayuno* < lat.vulg. JAJUNUS, lat < JEJUNUS

<sup>7</sup> *Almuerzo*. “El primer alimento que se come por la mañana, y con el qual uno deja de estar ayuno; por lo que también se llama desayuno. Regularmente suele ser de cosa ligera y en poca cantidad” (Cov., *Tes. s. almuerzo*).

<sup>8</sup> Me parece ilustrativo el siguiente diálogo de D. Quijote, apenas vuelto de la cueva de Montesinos, con el primo: “—¿Y ha comido vuestra merced en todo este tiempo, señor mío? —preguntó el primo. —No me he desayunado de bocado —respondió don Quijote— ni aun he tenido hambre ni por pensamiento” (II, 23).

<sup>9</sup> El CORDE no registra hasta el s. XVI ni *desayuno* ni *desayunarse*, y la documentación de los siglos siguientes no es muy abundante.

sería el *desayuno*. *Almuerzo*, pues, fuera de las regiones en que se ha mantenido con el significado de “desayuno” o de entremés de media mañana (cf. la nota 3) pasó a significar en algunas partes la comida principal que se hace a mediodía o poco más tarde. De esta manera, no obstante, entraba en colisión con *comida*<sup>10</sup>. Las consecuencias de esta colisión fue una distribución de estas unidades léxicas a lo largo y ancho del mundo hispánico: algunas regiones prefieren *almuerzo* mientras otras privilegian *comida* para el mismo significado: “alimento principal del día”. Según sea esta elección, ella influye en la designación de la última comida del día, que será *comida* en las regiones en las que predomina *almuerzo* para el mediodía, o será *cena*, allí donde se hubiese mantenido o impuesto *comida* para el mediodía. En cambio, en aquellos lugares en donde se ha privilegiado *almuerzo* y *comida* para el mediodía y la noche, respectivamente, *cena* ha sido reservada para otras ocasiones singulares<sup>11</sup>. Así, *almorzar* aparece justificadamente con tres acepciones en el diccionario de Manuel Seco: 1. Tomar la comida de medio día. 2. *rur.* Desayunar 3. Hacer una comida intermedia entre el desayuno y la comida de mediodía.

Ahora bien, no siendo mi intención ocuparme de la totalidad de este asunto de lexicología histórica, me limitaré aquí a comentar algunos aspectos relativos a las expresiones aludidas en el título, para lo cual me serviré inicialmente de una fuente muy útil, como lo es el *Diario del viaje del presidente Orbegoso al sur del Perú*, viaje realizado en la tercera década del s. XIX<sup>12</sup>. El *Diario* estuvo a cargo del capellán presidencial, José María Blanco<sup>13</sup>, quien

<sup>10</sup> Covarrubias s. *comida* dice lo siguiente: “Lo que se come; y de ordinario comida es el pasto que se haze a mediodía, quando uno come diversidad de majares, a diferencia de la que se haze de noche que se llama cena”.

<sup>11</sup> A saber, la *cena* de Navidad, la *cena* de Año Nuevo y alguna más. Estas cenas, por lo demás, se realizan en horas más tardías, a veces inclusive al filo de la medianoche. Para precisar lugares o regiones donde predominen uno u otro uso es necesario consultar los atlas lingüísticos disponibles. Por lo pronto, el cuestionario para el *Atlas lingüístico de Hispanoamérica* que dirijan Manuel Alvar y Antonio Quilis incluye una pregunta al respecto (cf. *ALH. Cuestionario*, Madrid (Instituto de Cooperación Iberoamericana) 1984.

<sup>12</sup> Cf. Blanco en la Bibliografía

<sup>13</sup> Sacerdote nacido en Quito.

acompañó a Orbegoso en su experiencia, registrando lugares mayores y menores, el recibimiento de la población, los agasajos al huésped, etc. Aparecen en esta documentación variadas referencias a comidas principales y secundarias, refrescos, refacciones, etc.

Ya apenas iniciado el viaje desde Lima, Orbegoso llega a Villa, a una legua de distancia de Chorrillos, y es agasajado con un *brillante deser...*; esta palabra se deriva obviamente del francés *dessert*, si bien su significado no repite el del francés: en el Perú, en Lima particularmente, fue adaptado con el significado de “mesa donde se presentaban platos fríos, dulces, frutas, refrescos, helados, etc.”<sup>14</sup>.

El presidente al levantarse *almuerza*, de modo más bien frugal (p.e. yuca sancochada y un poco de queso); el almuerzo eventualmente está precedido de té (12 de nov.) o de alguna otra “agua” (en lo cual podría estarse insinuando la distinción entre desayunar y almorzar, previos a la primera comida consistente: el desayuno limitado a una infusión y el almuerzo algo más sostenedor). Luego —y en función de la importancia del lugar o de los personajes— se le ofrece la comida, que suele ser referida como *mesa*, señalándose su importancia con el número de cubiertos: *decente mesa de 20 cubiertos, lucida mesa de 30 cubiertos*, etc.; los horarios de las comidas son más bien irregulares, como corresponde a las circunstancias del viaje. En ocasiones las *mesas* de comida son acompañadas por un *deser*, o por *mesas de refresco*. En dos ocasiones le ponen al huésped unas lucidas *mesas de once* a las doce del día, seguidas luego de otras de 80 y de 40 cubiertos, respectivamente.

---

<sup>14</sup> Lo explica Ignacio de Castro (1795, p. 91). Al narrar una invitación del regente del Cuzco a las autoridades principales y al “vecindario noble”, se dice que preparó en una de las salas más espaciosas la *mesa*. Y luego: “De allí pasaron los convidados a otra sala en que se ostentó segunda esplendidez en dulces fabricados tan delicada como ingeniosamente, en sorbetes y licores helados de gusto y de invención; en frutas varias tan abundantes como sazoadas; en rosolis, ratafías, mistelas tan vigorosas como seducientes, y en todo aquello que el francés llama *desert* y el latino *bellaria et Cupedias* (...). A la noche se dispuso un cumplidísimo refresco”.

Y así nos topamos con la locución que nos interesa. ¿Qué era esa *mesa de once*? Manuel A. Fuentes aclara el asunto en su libro sobre Lima (1867):

En los tiempos antiguos se agasajaba a toda visita según la hora del día; desde el medio día hasta las cuatro de la tarde, se le obligaba a tomar las once<sup>15</sup>, y en la noche se le ofrecía chocolate, bizcochos, etc. Hoy se le da el té, lo cual hace decir a las personas de medio siglo de edad, que los Ingleses con sus aguas insípidas han introducido la mezquindad en las familias (Fuentes, p. 120).

Y en el capítulo sobre “Duelos, entierros y hondas” agrega:

No referiremos tampoco las escenas que ocurrían en los almuerzos y mesas de once con que la familia doliente esperaba a los concurrentes a los entierros y a las honras, en los cuales empezando a comer con cara compungida y exhalando, por fórmula, suspiros no salidos del corazón, se pretendía ahogar las penas con algunas copas de licor, para levantarse de la mesa habiendo olvidado las virtudes del llorado difunto” (ib., p. 132).

Que no se trataba de una costumbre peruana únicamente lo hace ver el testimonio del filólogo colombiano Rufino José Cuervo en sus *Apuntaciones sobre el lenguaje bogotano* (§198), donde, por lo demás, se expresa muy justamente en favor de una explicación basada en la hora en que solía tomarse esta suerte de aperitivo (cf. la nota 20):

Harto común es oír a los muchachos pedir las *onces* o mis *onces*, resabio que todavía algunos conservan de crecidos. Como quiera que este refrigerio o refacción derive su nombre de la hora a que solía tomarse cuando los bogotanos hablábamos según nuestras costumbres

---

<sup>15</sup> La nota de Fuentes dice así: “Las once se componían generalmente de pan, queso, fruta, aceitunas y, sobre todo, de aguardiente; las once letras componentes de esta palabra han servido de nombre honesto a esa comida, y escusado la frase poco aristocrática de *Vamos a echar un trago*”.

propias más que al tenor de las prestadas a que nos vamos habituando, es obvio que habrá que decirse *las once, mis once*. Hay quien crea que se aluda en esta expresión al aguardiente, por las once letras de su nombre (Cuervo, §198) (cf. nota 20).

El propio Cuervo refiere el testimonio de los famosos viajeros españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, quienes recorrieron la América Meridional en el s. XVIII y que dicen lo siguiente a propósito de *las once*:

El aguardiente tiene un uso tan común, que las personas más arregladas y contenidas lo beben a las once del día; porque pretenden que con esta prevención recupera el estómago alguna fuerza de la mucha que se pierde con la sensible y continua transpiración, y que coadyuva a avivar el apetito; en esta hora se convidan unos a otros para hacer *las once*; pero esta precaución que no es mala cuando se practica con moderación, pasa en mucha a hacerse vicio, y se embelezan tanto en él que empezando a hacer *las once* desde que se levantan de la cama, no las concluyen hasta que se vuelven a dormir” (*Apud* Cuervo, §198).

La costumbre no era solo americana sino también española, como resulta de los testimonios, indicados por Cuervo, de Mesonero Romanos y de Hartzenbusch. No son, sin embargo, los únicos, pues se hallan referencias en Pereda y, más modernamente, en Ricardo León y Torrente Ballester<sup>16</sup>.

En América, aparte los países mencionados, hay que incluir a Venezuela, respecto del cual contamos con la opinión de L. Alvarado, quien en sus *Glosarios* dice de *tomar las once*: “tomar un trago, un aperitivo antes del almuerzo. Si no explica la locución la circunstancia de tener la voz aguardiente once letras, la coincidencia es bastante curiosa...”<sup>17</sup>. Moliner coincide en registrar el uso en Colombia, con el significado de “merienda”,

<sup>16</sup> Recogidas todas en el CORDE.

<sup>17</sup> Alvarado (1954) Primera parte, sub *once*. Rosenblat (1974) no trata de la locución.

pero da también el significado más general (sin especificación diatópica) de *hacer o tomar uno las once*: “Tomar un corto refrigerio entre once y doce de la mañana, o entre el almuerzo [“comida”] y la comida [“cena”]”. Para México vale el testimonio de Azuela y para Argentina el de Ascasubi y el de Avelino Herrero Mayor<sup>18</sup>.

En Chile, asimismo, la expresión está ampliamente documentada, y corresponde actualmente, según indicación de Ch. Kany<sup>19</sup>, a un tentempié que en un principio se tomaba a la hora que señala la locución y que hoy se aplica a la merienda. En el Perú, en cambio, no hay vestigios de la locución en época moderna<sup>20</sup>.

A juzgar por el testimonio de Fuentes, como hemos visto, la costumbre de la *mesa de once* o de tomar *las once*, y con ellas las expresiones correspondientes debían estar vivas en Lima todavía hacia mediados del siglo XIX. Pero hay otros testimonios. Espigando, hace ya tiempo, el periódico *El correo del Perú* (que se publicó por pocos años a principios de los setenta del s. XIX<sup>21</sup>) me di con varias referencias que corroboraban las noticias de Fuentes. Así, un largo artículo costumbrista firmado por Modesto, el periodista Modesto Molina, quien escribía también en *El Nacional*, se titula “Un lunch en Carnaval”<sup>22</sup> y trata de una invitación a Chorrillos para las tres de la tarde,

<sup>18</sup> También recogidos en el CORDE.

<sup>19</sup> Kany (1963) s.v.

<sup>20</sup> A propósito del origen de *hacer o tomar las once* no parece plausible la relación con las once letras de aguardiente. Tampoco me parece satisfactoria la hipótesis que vincula específicamente el uso chileno con un uso vasco, a saber, *amaikotako* “casse croûte, collation avant de dîner” que reporta Corominas en el DECH sub uno y que provendría de *amaika* ‘once’. F. Gz. Ollé me señala vasco *amaretako* “las once”. La relación con la hora me sigue pareciendo la más natural; en cuanto a tomarse las once a otras horas del día, no causará admiración si se tiene en cuenta la movilidad de este tipo de aperitivos o refrigerios, y el conocido desplazamiento de las comidas a horas más tardías.

<sup>21</sup> Aprovecho para agradecer a Alberto Varillas el haber puesto a mi disposición los números que posee de este periódico en su biblioteca particular.

<sup>22</sup> Año III, X, 1873.

invitación a la que el protagonista del artículo se siente obligado a asistir con poca gana y sonriéndose por la moda recién introducida del *lunch*<sup>23</sup>. Ya después de pocas líneas Modesto dice lo siguiente:

Prometiendo a los padres que no faltaríamos al convite, nos retiramos, no sin ponderar el aprovechamiento lingüístico de la chiquita [hija de los anfitriones, muy entusiasta de la novedad del *lunch*], quien de seguro se quedaría poco menos que muda si alguien le dijese que lo que ella llama *tomar lunch* era para sus padres cuando jóvenes *tomar o hacer las once*".

El *lunch* de la invitación se sirve de modo espléndido, y suscita luego las siguientes reflexiones:

Esta observación [de la espléndida mesa de *lunch*] nos hizo pensar en que quizá anduvo descaminado el que criticando un día el lenguaje moderno se lamentaba de que hoy se llamase *lunch* lo que antaño se denominaba *las once*. Porque en verdad, *las once* de nuestros padres, comparadas con el *lunch* al que se nos convidó, debían llamarse, hablando con propiedad, *las nueve*, *las siete* y quizá *las tres*.

Y otro pasaje del mismo tenor:

Algo, mucho influye la cantidad en el valor de las palabras. *Individuo* es uno; *especie* es muchos; *género*, muchos más; *ángulo agudo*, es uno; *recto* es más que el agudo; *obtusos* más que el recto; el dinero, la peseta y el sol son monedas; pero más es peseta que dinero, y más sol que peseta; *¿y por qué no podría llamarse hoy lunch lo que nuestros padres llamaron las once*, cuando se las multiplicase por otras *once*,

---

<sup>23</sup> Aquí viene a cuento la observación de Cuervo: "No es difícil que se tenga por rústico y palurdo a quien use entre las llamadas personas de tono la castiza locución... pues en esas regiones suele tomarse a la inglesa un *lunch* (*Apuntaciones* §198).

cuando la cantidad comible y bebible fuera hoy el cuadrado de lo que se ofrecía en tiempos de nuestros abuelos?

En otro artículo titulado “Una Pachamanca”<sup>24</sup>, firmado también por Modesto, se dice lo siguiente:

La señora de Krompton que conoce muy bien la organización humana, había hecho llevar desde su casa abundantes y sabrosas viandas que hicieran juego con la pachamanca; y cuando llegó el momento de reunir a todos los paseantes en un solo sitio, ordenó que se alistase las once, o sea el campestre *lunch*, y que se hiciera la señal que, en casos semejantes, se acostumbra.

Y aun otra alusión a la competencia entre *once* y *lonche*:

Si por seguir la moda en el lenguaje se ha de llamar *pachamanca* una comida en el campo, así como se dice tomar un *lunch* por lo que nuestros padres llamaban *hacer las once*, pase en buena hora; pero si *pachamanca* ha de ser enterrar entre ladrillos caldeados, carnes y legumbres para comerlas después con algunas libras de polvo y algo más, *vade retro* pachamanca.

Estas y otras referencias significativas sobre nuestro asunto, nos hacen ver la boga del anglicismo *lunch* en desmedro de *once*, ya en retirada. La victoria de *lunch* sobre la antigua forma castiza fue definitiva cuando se adaptó a la fonética de la lengua y se comenzó a decir *lonche*. También en *El correo del Perú*<sup>25</sup> se encuentra un testimonio valioso de cómo estaba entrando el neologismo ya adaptado fonéticamente. Se trata de un artículo titulado “El diputado recién venido”, del mismo Molina, en el que se satiriza la proveniencia andina del político y además el habla también andina de su mayordomo:

---

<sup>24</sup> III, XXVI, 1873.

<sup>25</sup> Año II, núm. 30, 1872.

Desgraciadamente el resultado de nuestra primera visita fue un *el señor a saliu*, que nos dio por toda contestación el mayordomo que consigo a traído el recién venido *Guaco*. Segunda visita: *Viniendo el Señor á] saliu luegoito*. Tercera visita: *se lo an llevau a tomar lancha*, nos contestó el mismo mayordomo.

-¿A tomar qué? Preguntamos.

-*Lancha, señor, puis, a tomar disiendo*.

-*Lunch* que no *lancha*, dirás hermano.

-*Lonche será pues señor*.

Finalmente, en esta forma última arriesgada por el mayordomo del diputado "transandino" se generalizó en el Perú la designación de la merienda, designación que ha dado lugar a derivados y compuestos<sup>26</sup>. Hasta qué punto en el triunfo lingüístico de *lonche* sobre *once*, aparte la novedad y la novelería que genera lo importado, puede haber contribuido la notoria afinidad fonética de ambas designaciones, con idéntica secuencia vocálica, es imposible de decir.

---

<sup>26</sup> *Lonche*ar (poco frecuente, pues lo normal es *tomar lonche*), *lonchera* ("maletita para llevar el lonche", si bien aquí el lonche es más bien un refrigerio o frugal almuerzo que una merienda), *lonche-comida* ("lonche abundante que reemplaza a la comida ["cena"], *lonchecito* ("lonche menos contundente", cuando no se trata simplemente de un derivado con valor afectivo).

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO, L. (1954 [1ª. ed. 1929]), *Glosarios del bajo español de Venezuela*, Caracas.
- BLANCO, José María (1974), *Diario del viaje del presidente Orbegoso al sur del Perú*, ed. de F. Denegri Luna, 2 tomos, Lima (PUCP – Instituto Riva Agüero).
- CASTRO, I. de (1795 [1978 Lima]), *Relación de la fundación de la Real Audiencia del Cuzco en 1778...* Madrid.
- CORDE = R.A.E., *Corpus diacrónico del español* (en Internet).  
Cov. Tes. = S. de Covarrubias (1611 [1979 Madrid], *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid.
- CUERVO, R.J. (1955 [9ª. ed. corr.]), *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, Bogotá (Instituto Caro y Cuervo).
- DAUZAT, A. (1940 [1972 Genève]), “*Déjeuner, dîner, souper du moyen âge a nos jours*”, en *Mélanges de Philologie et d'Histoire Littéraire offerts a Edmund Huguet*, Paris.
- DECH = J. Corominas (1980 ss.), *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid (Gredos), 5 v.
- DWORKIN, S. (2006), “La naturaleza del cambio léxico”, en J.J. de Bustos Tovar y J.L. Alconchel, *Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Lengua española* 3 vol., Madrid (Gredos), pp.67-84.
- FUENTES, M.A. (1867 [Lima 1985]), *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadístico y de costumbres*, Paris.

- HÖFLER, M. (1968), "Déjeuner – dîner – souper. Zur Bedeutungsverschiebung seit der französischen Revolution", *Zeitschrift für romanische Philologie* 84, pp. 301-308.
- KANY, Ch. (1963), *Semántica hispanoamericana*, Madrid (Aguilar).
- LERNER, I. (1974), *Arcaísmos léxicos del español de América*, Madrid (Insula).
- MOLINER, M. (1970), *Diccionario de uso del español*, Madrid (Gredos).
- PALENCIA, A. F. de (1490), *Universal Vocabulario en latín y romance*, Sevilla.
- ROSENBLAT, A. (1974), *Buenas y malas palabras en el español de Venezuela*, 4 vol., Madrid (E.M.).
- SECO, M. *et al.* (1999), *Diccionario del español actual*, Madrid (Aguilar).